

CONTINGENCIA Y OSADÍA

La religión en la sociedad del riesgo

Kontingenz und Wagnis. Religion in der Risikogesellschaft, Theologie der Gegenwart
35 (1992) 242-254

La nueva desorientación religiosa

Fin o viraje: ésta es la alternativa discutida entre sociólogos y filósofos acerca de la modernidad, que afirma estar en la recta final de la evolución histórica de Occidente. Desde hace dos siglos la religión está cuestionada por una actitud ilustrada que considera superfluo todo lo que no sea ciencia y técnica. Pero sobre el suelo de la civilización técnico-industrial florecen desde hace años el mito y la magia con más fuerza que nunca. Una nueva sensibilidad para lo mítico, lo esotérico y lo sobrenatural desmiente el tópico de una modernidad antirreligiosa.

La modernidad ha entrado en una fase en la que las sombras del progreso se hacen patentes. El crecimiento de la producción industrial ha ocasionado situaciones negativas que amenazan la vida humana con riesgos que la propia técnica científica no puede conjurar. Esto basta para que muchos contemporáneos cuestionen la pretendida racionalidad del mundo occidental. Uno se aferra a la estabilidad de las culturas arcaicas, en las cuales se conserva la promesa de una existencia que, por ser natural, es auténtica. Si la tecnociencia sólo conduce a la destrucción de la vida humana, ¿cómo hará para fundamentar su superioridad ante las antiguas formas de pensar? Los partidarios de éstas intentan descubrir las raíces de la razón moderna en las olvidadas y reprimidas culturas religiosas y míticas, para darle, a la razón ilustrada, una nueva vitalidad.

Escepticismo frente a la exigencia inesperada de repatriación religiosa

Normalmente las propuestas alternativas a los antiguos contenidos y estructuras de la convivencia humana, cuando no desembocan en un fundamentalismo, reduccionista, son de inspiración esotérica. Suelen ser movimientos de huida, a la vista de las tendencias al agotamiento cultural y al empobrecimiento de la sociedad de masas. La nueva subcultura religiosa, con su mezcla de espiritualidades orientales, teosofía, física cuántica, meditación y ecología, ¿puede ser realmente una alternativa para superar la crisis? ¿Es un indicio de que la religión, en vez de ser cada vez más superflua, resulta ser más indispensable cuanto más moderna se hace la civilización? La modernidad no ha destruido la religión, pero sí posibilitado la deserción masiva de ella. Se hace necesario revisar la hermenéutica de esta evolución.

La situación religiosa actual desde la perspectiva sociológica

A la doble cara de la modernidad pertenecen la secularización de la cultura y el retorno periódico de lo sagrado. Lo nuevo de la situación actual reside en que la tendencia a la religión pasa de largo ante la alternativa cristiana. La modernidad es ahora postcristiana.

Mientras que en sus orígenes se encontraba ante el cristianismo como religión dominante, de la que había que emanciparse, éste no es ahora el caso. La nueva propuesta religiosa, hecha de esoterismo y mitología, apenas surge como movimiento conscientemente anticristiano; más bien pasa de largo ante el cristianismo institucional.

Sociedad del riesgo

La modernidad no es pensable sin el impulso político-cultural de la Ilustración, proyecto que intentó sacar al hombre de su esclavitud ante Dios y la naturaleza. Ilustración es sinónimo de razón y progreso. Significa ampliación del saber acerca de las leyes naturales para dominar y configurar el mundo. Este progreso no es simple evolución natural. Su motor es el sujeto que dispone libremente del mundo entorno de forma autónoma, que pone la razón y la ciencia en el lugar de la fe y la Iglesia, que acelera el ritmo de la acumulación del saber, que intenta recuperar el tiempo perdido y las posibilidades del pasado para exprimir las al máximo. El ideal de una "utopía cinética" (Sloterdijk) intenta extender más allá de sus límites la capacidad humana de disponer sobre el espacio y el tiempo y de realizar las potencialidades mejores de lo real.

Mediante la disolución de las estructuras legitimadas del poder, la Ilustración y la modernización han liberado al sujeto burgués para una nueva sociedad dominada por el consumo. Solucionado el problema de la subsistencia para capas cada vez más amplias de la sociedad, rotas las cadenas exploradoras del régimen feudal, se ha acabado también con vitales lazos religiosos y existenciales que eran los que proporcionaban el sentido global. Por ello se han hecho compañeros inseparables emancipación y soledad, apertura y rendición, pluralismo y arbitrariedad. El sujeto racional está condenado a determinar con su razón el sentido de su vida y de su actuación, y el *Lejos* (finalidad) de la cultura. La existencia social se vuelve un experimento cuyos riesgos son incalculables.

Aporías de la sociedad del riesgo

El progreso tiene su precio y éste aumenta con la creciente desertización de la ecoesfera y la destrucción de mundos culturales de sentido. No es de extrañar que los principios que presiden la modernidad (razón, progreso, técnica) hayan caído en desgracia y ya nadie crea que van a arreglar el mundo.

La expresión "sociedad del riesgo", acuñada por el sociólogo Ulrich Beck, se refiere a aquel aspecto de la moderna historia social por el cual los costes del progreso económico comienzan a destruir el estado de bienestar que él mismo ha contribuido a construir. Los nuevos riesgos de la sociedad de consumo son éstos:

- a) No son peligros espontáneos, sino producidos por la sociedad, y surgen de las mismas fuerzas productivas. Ciencia, técnica y economía producen riesgos que crecen a medida que aumenta el dominio de las condiciones materiales de la existencia humana.
- b) Los conflictos de la sociedad industrial clásica eran de carácter positivo: se trataba de ganancias de la empresa, de la relación entre tiempo de trabajo y tiempo libre. En cambio, en las nuevas luchas se trata de cosas negativas: costes de los daños ecológicos,

fijación de límites para la penalización por residuos tóxicos, daño del medio ambiente, etc. Ni los mejor situados laboralmente están exentos de estos peligros. En la sociedad industrial clásica pasaban hambre los más pobres. En la nueva sociedad tosen por la contaminación hasta los más ricos. Antes, todos los hombres eran iguales ante la ley y ante Dios; ahora, lo son ante el agujero de ozono.

c) Los daños a la naturaleza han sido socializados, politizados y plantean nuevas exigencias. La Europa unida es antes que nada una realidad ecológica: unida ante los riesgos de destrucción inmediata del planeta.

d) Lo nuevo en estos riesgos es que se ocultan a la percepción sensible y sólo son demostrables con instrumentos-técnicos muy sofisticados. Es mucho más difícil determinar con precisión la responsabilidad por daños: no se puede apelar al principio de causalidad o de responsabilidad.

La sociedad industrial clásica consiguió hacer que los daños causados por la industrialización, que sobrepasan la capacidad del individuo para resarcirlos, fueran a parar a la responsabilidad del Estado del bienestar. Pero en la sociedad del riesgo ya no sirven los instrumentos de previsión estatal ni funciona la idea de resarcimiento financiero ante problemas como el de Chernobil. Instituciones para dominar los imprevistos carecen de sentido en un mundo en el que los errores no hacen sabio, sino que llevan a la muerte. Es necesaria una revisión del tenor del desarrollo técnico, un análisis del problema que consiga retardar o eliminar efectos no deseados, catástrofes ante las cuales la modernidad ha de reconocer que sólo otras fuerzas distintas de la suya pueden conjurarlas.

Contingencia y riesgo

La modernidad suele tratar los problemas existenciales a base de razón instrumental, la cual dispone sobre la naturaleza y el hombre de modo indiscutido y desplazando otros modos de comprender, la realidad. Pero sería un error acabar con la forma de proceder de la modernidad para sustituirla por "lo otro de la razón". El paso adelante que supone la modernidad es irreversible. Quien quiera superarla ha de cumplir primero con sus exigencias.

La conciencia religiosa puede contribuir a la formación de una razón que esté a la altura de la sociedad del riesgo, siempre que en estructura y contenido se adapte a ella. No se puede seguir la senda de los esoterismos y fanatismos. La religión ha sido sustituida por la razón en un mundo moderno que ahora se rige por instancias seculares, pero todavía puede ayudar a dominar la contingencia que se advierte en la sociedad el riesgo.

Contingencia designa en el ámbito ontológico la modalidad de un estado de cosas o de un ser que no es necesario ni imposible y que siempre tiene que vérselas con la posibilidad de no ser ya más. *Riesgo* implica azar, dependencia del destino, que se funda en el saber sobre la contingencia. Es la indisponibilidad de lo irremediable y la incondicionalidad de lo indisponible.

La dialéctica de la modernidad: producción de riesgo mediante el dominio de la contingencia

La modernidad ha mostrado que numerosas condiciones de la vida humana que antes parecían absolutas, inamovibles y necesarias son contingentes y disponibles para la capacidad humana de decisión. Al mismo tiempo mucho de lo que hasta ahora parecía ser incontrolable o casual se ha vuelto previsible o planeable. Este proceso de doble dirección ha ampliado simultáneamente la conciencia de contingencia y eliminado los efectos desestabilizadores de la misma. Con la ciencia y la técnica, se ha logrado neutralizar las amenazas procedentes de la naturaleza incontrolada, que tanto atemorizaba al hombre medieval, pero, a cambio, se han creado nuevas amenazas, surgidas de una naturaleza socializada e industrializada.

El proyecto de dominio de la naturaleza es una derivación de la autodeterminación humana y a la vez depende de condiciones que escapan al control del hombre. Los límites del conocimiento y la dialéctica del progreso muestran que, a pesar de todo, existe también hoy lo indisponible. En una época de expansión ambivalente del ámbito de lo que está a disposición de la razón instrumental se impone una cultura del trato con lo indisponible que no sea instrumental ni instrumentalice la actuación humana en relación a la naturaleza.

La exigencia de la religión

Al final de la modernidad se ha llegado a transferir la experiencia de la contingencia desde el ámbito de una naturaleza independiente del hombre al de una naturaleza dependiente del hombre, el cual a su vez depende cada vez más de ella. Cuanto más se desarrolla el progreso más angustia se da ante el riesgo, para el cual ningún antídoto sirve. ¿Qué hacer por una naturaleza en progresivo deterioro? ¿Cómo vivir con aquello que amenaza profundamente la vida?

Vivir es permanecer resguardado frente al no-ser, pero también estar amenazado por el no-ser. Todo ser vivo tiene un instinto de supervivencia que surge de la experiencia del poder-ser. La cuestión es: esta exigencia debe ser asegurada por la instancia religiosa y ética. Pero toda respuesta religiosa ha de contar en la actualidad con la teoría sociológica. La dialéctica de la modernidad es plausible desde el punto de vista sociológico, porque mediante la modernización surgen riesgos y amenazas que no se pueden dominar sólo con los medios de la técnica y la ciencia. Los mismos elementos que nos protegen del no-ser nos empujan simultáneamente a él.

La religión es una praxis humana destinada a conferir sentido a las condiciones actuales de vida. Lo religioso es aquella dimensión que no depende del hombre, sino que le interpela incondicionalmente. Le pone en relación con lo indisponible, no para apoderarse de ello, sino para transformar su relación consigo mismo y con el modo que pueda soportar las altas cotas de indisponibilidad que le acosan.

El mundo moderno no ha llevado a una desaparición de los puntos de anclaje del discurso religioso, sino que ha contribuido a su transferencia al ámbito de la técnica, la ciencia y la política. Ha tenido lugar una socialización de los procesos productores de ideología religiosa. Hasta ahora la relevancia religiosa de experiencias de contingencia

era primariamente de ámbito estrictamente privado, es decir, se daba en la superación de crisis de identidad, con ocasión, p.ej., de la muerte de una persona íntima, de la conciencia de la propia culpa, etc. Estas experiencias quedan subsumidas cada vez más por los procesos sociales y hacen menos referencias a experiencias personales. Si toda identidad personal se construye hoy de modo interpersonal, también la constitución, percepción y transformación de las experiencias de contingencia debe ser comprendida como oportunidad social.

Este desarrollo ha llevado a la constitución de un tipo específico de dominio religioso de la contingencia, compatible con las sociedades seculares y pluralistas, pero que lleva a la regresión cultural. La "religión civil" surgida en USA es una praxis de dominio de la contingencia que degenera en estrecha dependencia de las patologías del sistema social. No es una praxis revolucionaria sino de legitimación del statu quo y de defensa del individuo frente a posibles ataques de la sociedad.

El re-encantamiento esotérico del mundo no es sino un analgésico frente a las aporías de la modernidad. La "religión civil" es una legitimación del sistema, un pacto conformista que intenta convencer a sus adeptos de que esta sociedad es el mejor de los mundos posibles. No se encuentran en ella planteamientos alternativos a la civilización industrial.

Frente a otros proyectos de sentido y de futuro, el cristianismo no puede representar una alternativa real, si no rompe con su actitud piadosa e ineficiente, con su resignación frente a la realidad, esperando una solución llovida del cielo. La estructura demostrativa de la propuesta cristiana consiste en conocer la contingencia de todo lo positivo y de todo lo negativo. Ha de destrivializar el progreso económico, y deshacerse de una visión negativa del mundo que sólo cuente como positivo con la buena conciencia.

El cristianismo es una concepción del mundo que promete algo más que el mundo y para la cual un fracaso en el mundo es menos importante que un caer en la nada. El sobrio realismo de esta forma de dominar la contingencia consiste en no despreciar nada de lo bueno y bello que contiene la realidad, pero también en no ignorar cuanto de vanidad y caducidad hay en ella. Este realismo puede ser el fundamento de una conciencia de riesgo que tenga ante los ojos la posibilidad del fracaso de todo proyecto humano de asegurar el futuro y al mismo tiempo no pierda de vista la resistencia ante el hundimiento del hombre provocado por sí mismo. Los cristianos tienen una esperanza contra toda esperanza (Rm 4,18), que no significa ausencia de aporías, sino negativa a desesperar en los callejones sin salida (2 Co 4,8). Esta virtud de la esperanza es decisiva para impedir que el hombre se paralice a causa de las amenazas de la sociedad del riesgo. La fe del cristiano tiene su piedra de toque en una esperanza que ha de ser socialmente activa y superar los cálculos más o menos ventajosos a la hora del compromiso personal.

En el ocaso de la modernidad: ¿crisis de tradición o de innovación?

Si, a pesar de la tendencia de la modernidad a reinventar la religión, el cristianismo eclesial se encuentra en crisis permanente, es porque no se ha situado correctamente frente a la socialización de estos procesos productores de religión y no ha sabido

mantenerse a su ritmo. Desde esta perspectiva la fe cristiana sufre menos una crisis de tradición que de innovación.

Esto no significa que la Iglesia no se haya modernizado suficientemente desde el último concilio, sino que hasta ahora no ha percibido las transformaciones socialmente productoras de contingencia, las cuales esperan una hermenéutica adecuada. Sería de desear que, con la misma intensidad con la que se impulsa el fortalecimiento de las instancias tradicionales de transmisión de la fe, se tuvieran también en cuenta aquellos lugares y tiempos en los cuales surge la pregunta por lo religioso de modo inesperado. La teología y la Iglesia han de aprender a leer los signos de los tiempos, en este caso de la sociedad del riesgo, para poder dar respuestas que no estén anticuadas. Para ello necesita una hermenéutica genuinamente teológica de la modernidad.

Hasta ahora son pocos los intentos teológicos que muestren la validez del cristianismo para la auto comprensión de la modernidad. Existe el peligro de que el discurso acerca de la incompatibilidad entre cristianismo y cultura moderna se vuelva excusa para no tener que buscar innovaciones del lenguaje teológico, supuestamente anclado en una simbólica agraria, no industrial. Pero quien quiera ayudar a otros a afrontar el futuro ha de tener el valor de actualizar el fundamento de su esperanza expresándolo de forma que responda a las necesidades del momento.

La socialización de todos los ámbitos humanos y de las condiciones de vida es definitoria de la modernidad. El lenguaje simbólico del cristianismo ha de adaptarse a ella. Se trata de sumergirse en la secularidad y mostrar en ella la posibilidad de lo que le supera. Una hermenéutica teológica de la modernidad sólo es posible como hermenéutica política y social del cristianismo.

Tradujo y extractó: MARÍA JOSÉ TORRES